



FWALA-LO MARÍN (2024). *PENSAR LA DIRECCIÓN.
CONCEPCIONES Y PROCEDIMIENTOS EN PRÁCTICAS
CONTEMPORÁNEAS*. ARTEZBLAI



El libro de Fwala-lo Marín (Universidad Nacional de Córdoba) se erige como un aporte a los estudios teatrales latinoamericanos al poner la dirección escénica en el centro de la reflexión, desmarcándola de su habitual consideración como apéndice de la actuación o la dramaturgia. Allí donde la investigación ha privilegiado el análisis de la técnica actoral, la autora se pregunta directamente «¿qué es dirigir?», desplegando una escritura que interroga la especificidad del rol; con esto me refiero a sus tareas, sus tensiones y sus modos de organizar el mundo sensible desde la práctica teatral. La propuesta se sostiene en un gesto híbrido, que combina teoría y praxis, y que asume la voz del artista-investigador como productora de conocimiento, respaldándose en entrevistas a creadores del teatro independiente.

Desde este punto de partida, la dirección aparece como una práctica política. Además de organizar escenas y sentidos, distribuye lo sensible, impulsa otras formas de percepción y genera experiencias contrahegemónicas. En particular, en el teatro independiente, la dirección participa en la construcción de igualdad y en la apertura a poéticas que quiebran con lo utilitario del mundo. Por su parte, la dimensión feminista del libro ofrece una mirada sustantiva para pensar las asimetrías de reconocimiento en el campo teatral, puesto que cuestiona los modos patriarcales de legitimación, desnaturaliza los premios y las jerarquías del campo y plantea la urgencia de formaciones más diversas que permitan reconocer otras formas de ejercer el liderazgo.

El recorrido histórico que ofrece la autora va desde el surgimiento de la dirección como disciplina autónoma en la Europa decimonónica

hasta las experiencias contemporáneas de la ciudad de Córdoba, Argentina (lugar de donde ella pertenece). En este trayecto se destacan la influencia del teatro laboratorio, la creación colectiva y el rechazo al «director tirano», que marcaron la tradición grupal cordobesa y que hoy continúan renovándose. Las figuras de maestros y maestras funcionan como brújulas, al igual que los festivales que se revelan como espacios de formación, encuentro y circulación de poéticas.

Un aspecto notable del libro es la propuesta de la categoría de «hacedores» para nombrar a quienes, desde distintas posiciones, sostienen la práctica teatral. Con esta nomenclatura, la autora los sitúa en un lugar creativo y horizontal, reconociendo el aporte, tanto de quienes dirigen o actúan, como de quienes gestionan salas o impulsan proyectos comunitarios. Marín subraya la dificultad de definirse en términos cerrados, y en esa imprecisión detecta la fuerza de una identidad colectiva que rehúye a la taxonomía académica. Por tanto, la noción de hacedores permite reconocer tanto a directoras/es e intérpretes y a un diverso equipo humano de teatristas como actores fundamentales en el campo del teatro independiente latinoamericano.

En la sección dedicada a las concepciones contemporáneas de la dirección, la autora describe con detalle la complejidad productiva entre avanzar y/o pausar los procesos, la soledad de quien toma decisiones y la necesidad de refundar el sentido del término «dirección» en un plano distinto a su asociación con la verticalidad autoritaria. Dirigir, en este marco, significa también escuchar y provocar, atender a los cuerpos, a los tiempos y a las atmósferas que se construyen en escena. Se trata de un rol que, además de articular lo artístico, asume un papel intelectual como el de generar pensamiento desde la práctica, en sintonía con la tradición universitaria que nutre al teatro independiente.

Los capítulos sobre metodologías ponen de relieve el valor de la experimentación, la confianza en el grupo y la centralidad de la afectividad. La amistad, el deseo de estar juntos y la calidad humana se configuran como motores de creación que desplazan al dinero o al éxito como factores de cohesión. De ahí la crítica a los *castings* y audiciones, prácticas que contradicen las lógicas afectivas que vertebran los colectivos. La «puesta en escena», por su parte, es analizada como dilema entre producto y problema, acontecimiento y dispositivo, materiales y significados. En esta línea, la actuación se piensa como desborde corporal y energía fenomenológica, mientras que la dramaturgia se entiende como

material en transformación que encuentra en la dirección un mediador entre texto, escena y espectador.

El libro concluye con una aproximación a la expectación y el lugar del público, entendido como receptor, invitado y anfitrión en el convivio teatral. De este modo, el rol es llamado a ejercitar la conciencia de las interacciones posibles y a asumir su responsabilidad en la construcción de un espacio de encuentro.

La escritura de Fwala-lo Marín articula teoría, historia y testimonio en un gesto que produce conocimiento situado y, al mismo tiempo, interpela a la comunidad escénica trascendiendo el territorio cordobés. Su obra se ofrece como un mapa que invita a pensar la dirección desde la práctica concreta de los hacedores, categoría con la que la autora reconoce la diversidad de quienes sostienen el teatro. En este sentido, inspira una investigación que ocupa un campo todavía poco explorado en el Cono Sur latinoamericano y contribuye a comprender, desde una perspectiva crítica-creativa, cómo opera la dirección teatral independiente en la actualidad. Al mismo tiempo, como ella misma se identifica —y me incluyo en ello— dentro de la noción de investigadores-creadores, en el sentido propuesto por Jorge Dubatti, nos permite proyectar nuevas formas de concebir el rol dentro de un entramado más complejo dentro del teatro contemporáneo.

Javier Ibarra Letelier
Universidad de Concepción.

